

EVASIÓN EN EL ZOO.

Se esperaba un comienzo de semana tranquilo. Nada hacía pensar que de nuevo se iba a poner a prueba nuestra capacidad para fabricar adrenalina. Aún retumbaba en mis oídos esa llamada en la madrugada del día anterior, ese timbre de voz desesperado anunciando como si de Apocalipsis se tratara, que todos los leones del recinto 2 se habían escapado.

Casi sin saber cómo, el jefe de cuidadores del turno de fin de semana había salido a trompicones de los cobijos de felinos, tras comprobar que la manada estaba campando por toda el área de servicio. Se trataba de una zona de unos 200 metros de longitud que incluía una instalación donde las "fieras" eran recluidas durante la noche en dos hileras de jaulas situadas a ambos lados de un estrecho pasillo. Una construcción gastada por el tiempo unido a la potencia física del puro músculo de 13 leones peleando, fue suficiente para reventar una de las jaulas y permitir que el grupo probara suerte en un terreno hasta ahora prohibido para su cautiva existencia.

En poco menos de veinte minutos allí nos vimos, plantados ante las puertas de la instalación, cuidadores, veterinario y algún que otro cazador local, cada uno armado con lo que tenía. En mi caso, el rifle de anestesia en una mano y la cerbatana en la otra, con los pocos dardos que tenía en la clínica; en el caso de los cazadores, sus escopetas cargadas con cartuchos de sal, postas y lo que les dio la gana para posiblemente la cacería de su vida. Los cuidadores portaban como única defensa las forcas de hierro usadas para el manejo rutinario de estos animales.

Tras una salva de cartuchazos al aire y unos certeros y persuasivos granos de sal en la piel de algún animal, entramos en el recinto "protegidos" por el Land Rover, intentando que todos los animales se dirigieran hacia el pasillo de jaulas. Los leones, fuera de lugar, rápidamente prefirieron retornar al terreno que conocían entrando en sus cubículos a través del butrón, disipando así todo peligro para los presentes.

En pocos minutos, la manada caminaba en su pradera exterior, algo magullada y con más miedo que bravura, esperando como siempre las miradas de los curiosos visitantes, ignorantes de la vida real que supone el cautiverio para cualquier animal de zoológico.

Tras la crisis y algún posterior ataque de nervios la jornada se desarrolló con normalidad, hasta que a la mañana siguiente, durante el merecido descanso del guerrero, tronó de nuevo el teléfono. El número en la pantalla no auguró nada bueno.

Todavía hoy se repite en mi mente ese dicho popular (¡hazlo tu mismo, hazlo tu mismo!), pero aquel fue otro el que contó los animales y aparentemente, todos habían vuelto al interior de las jaulas. Sin embargo una leona, la más asustadiza, la más joven de la manada, sin que nadie lo viera se refugió bajo la mesa del comedor de cuidadores. Había pasado todo el día y toda la noche sin mover ni un pelo, tal vez lamiendo las heridas de algún perdigonazo certero.

Nadie la vio, nadie entró el día de la fuga en el comedor hasta la mañana siguiente, cuando el cuidador de turno despertó del todo con el conocido estruendo del rugido más potente de la naturaleza. Sin saber cómo, escapó del ataque y logró salir de la habitación cerrando la puerta tras él y dejando en su interior al esta vez enfadado animal.

En esta ocasión, sin escopetas ni pinchos metálicos, la única posibilidad era una anestesia general disparando un dardo a través de la pequeña ventana enrejada del comedor. La cerbatana para esto suele ser infalible y el dardo permitió inyectar el sedante fluido.

En toda anestesia de animales peligrosos resulta fundamental comprobar que el paciente se encuentra totalmente sedado, ya que no pocos han sido los casos de recuperaciones milagrosas y nadie quiere encontrarse al lado de 180 kilos de furia y desorientación. Sin embargo, esta tarea iba a resultar imposible, ya que la única manera de verificar la sedación incluía la apertura de la puerta. Así que de nuevo con la ayuda de fuerza y rifle anestésico, con el pulso martilleando nuestros oídos, entramos en el comedor y pudimos rescatar a la última de la evasión en el zoo.